

# HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

## Norteamérica y Sudamérica

La revista *Atenea* honra sus páginas con un artículo del Sr. don Camilo Barcia Trelles que, desde ahora, será nuestro colaborador permanente. El señor Barcia Trelles es Catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de Valladolid, Profesor de la Academia de Derecho Internacional de La Haya, y por sus obras, su carácter y actuación moral, es una de las personalidades más vigorosas de la actual generación intelectual de España. Prueba los méritos del Sr. Barcia Trelles el hecho de que haya sido llamado por la Asociación Carnegie Pro Paz Internacional para dar un ciclo de conferencias en Washington, de donde pasará a dictar otra serie de conferencias en La Habana. Son muy conocidos sus magistrales libros: *El Imperialismo del Petróleo y la Paz Mundial* y *Francisco de Victoria fundador del Derecho Internacional Moderno*.

Con la incorporación del Sr. Barcia a su cuerpo de colaboradores extranjeros, que tan distinguidas firmas cuenta, *Atenea* da un paso más en su progreso y cree hacerse más digna de la atención que le prestan las personas cultas de Chile y de otros países.

Washington, D. C., Junio de 1929.



REDACTA estas líneas un español; estimamos indicada la advertencia. Suele hablarse genéricamente de Europa y América; la mención es inadecuada. Hay algo sin plural en el viejo mundo: España. No España considerada en sí misma, sino en cuanto comunidad que mira hacia el nuevo mundo y trata de interpretarlo. El propósito es genui-

namente objetivo; al problema transatlántico se aproxima todo español, con honda afección, sin prejuicios y sin ignorancia. He aquí lo que los hispánicos preguntamos cada hora de cada día: ¿de qué modo se orienta Hispanoamérica? ¿Por qué ruta se encamina al porvenir? Esas preguntas prendieron en la conciencia de un español y el español vino a la América ánglica para desde aquí mirar hacia el sur. Hoy quiere ofrecer al lector de *Atenea* el primer fruto de sus meditaciones. Las que subsiguen no son sentencias irreformables, ni conclusiones dogmáticas; son el reflejo de visiones momentáneas; representan la interpretación de hoy y el hoy tiene en principio un valor meramente episódico y transitorio: es un puente, no una meta.

He aquí dos Américas, ciertamente distintas, tal vez impenetrables. Dos mundos que intentan dialogar; hasta el presente sin resultado, explicado el desenlace por patrocinar la experiencia elementos oficiales. En el norte la unión, el conformismo que permite acumular energías sin alteraciones, el optimismo, un sentido continental de la vida, la creencia en la utilidad del hombre-rueda de un complicado organismo. Al sur la dispersión, el provincianismo, las preocupaciones inmediatas, el vecino como obsesión, el personalismo como incentivo. Unidad y atomización: dos inclinaciones de diferente valor vital. Lo primero manda: lo segundo ocupa un lugar secundario. En una orilla del río Bravo las órdenes y la penetración lenta e irresistible; en la otra margen, o el lamento como oración única, o la protesta esporádica e inofensiva. Son demasiado orgullosos los que padecen la superposición nortea para mirar hacia dentro, y reconocer que si no la provocan, la facilitan. Los profetas, ante el contraste de las dos Américas vaticinan y dicen: el norte absorberá al sur; el desenlace es irremediable; tal vez además de irremediable, plausible. Mas no es la hora de los profetas, sino de los que saben retrotraer. la atención y mirando al pasado pueden leer en el presente. A esta categoría pertenecemos y esta idiosincrasia nos proporciona cierta tranquilidad interpretativa.

La dispersión hispanoamericana no es síntoma de flaqueza: la cohesión nortea no es manifestación de fuerza. Es preciso invertir los términos, aun cuando la inversión origine cierta sorpresa. Intentemos perfilar nuestra tesis.

Hispanoamérica al romper con la metrópoli contaba con una fuerte personalidad. Podía encontrarse a sí misma, aun cuando no siempre logró realizarlo. No abrigaba el temor de perder su fisonomía específica. No fué la colonización hispánica un mero transplante de raza, sino una fusión, de la cual salió un nuevo

tipo: el español de América, distinto del conquistador, semejante del indígena, diferente del peninsular. Por eso Hispanoamérica, sabiéndose dueña de sus destinos, fué universalista, se abrió al mundo, sin sentimiento de tribu, sin desconfianza. Fué ecuménica y cordial.

En el norte un mero transplante de razas excluyentes. Se instalaron los recién llegados a expensas de los indígenas; la afirmación de los unos implicó la destrucción de los otros; en Norteamérica primó la ley física de la impenetrabilidad de los cuerpos, no obstante el exceso de espacio. Mas los vencedores eran europeos, europeos asentados en tierras nuevas, pero con bagaje mental notoriamente añejo. De ahí que para afirmarse comenzasen por negarse a sí mismos. Por eso su religión internacional fué la desconfianza, el temor al contacto con el extranjero, el aislamiento, el meridiano que separa dos mundos. En las máximas de Washington y Monroe hay mucho de muralla china y no poco de concepción teocrática, en cuanto esta explica la incontaminación. El peligro de lo semejante realizó el milagro de la unión y dió nacimiento a una nación continental. El desenlace constituía prueba de desconfianza. Así lo demuestran los debates del congreso continental, lo reafirma la guerra civil, lo consolida la guerra europea; a Europa fueron los norteamericanos para así mejor provocar después la recrudescencia de su particularismo. Norteamérica no podía vivir sino federativamente, recordando cada día la necesidad de mantenerse unida; señalando hacia Europa con suspicacia. Y hoy es eso; un pueblo inmenso, fuerte, próspero, con una prosperidad sin antecedentes, mas donde el sentido de la unión constituye una ciencia; se inculca en la escuela, se ratifica en la Universidad, se practica en la vida. No hay país donde tanto se ostenten las banderas como en los Estados Unidos; las banderas no se exhiben más que de tarde en tarde en los pueblos viejos y ante las mismas pasan los ciudadanos distraídamente. En los Estados Unidos vive una poderosa unanimidad, más provocada que espontánea. Norteamérica se ha lanzado a la conquista del mundo; generalmente en forma pacífica. Norteamérica no quiere colonias, ni anexiones; sabe que unas y otras son onerosas; prefiere el sistema del protectorado económico. La finanza norteamericana es hoy universal y esa expansión económica requiere que la política exterior norteamericana se universalice y acepte la práctica de una obligada solidaridad. A ello se opone el particularismo; no alianzas comprometedoras, ni pactos paralizantes, ni convenios en que se estipule el auxilio mutuo. Es mejor vivir al día, aun cuando sea preciso

realizarlo a expensas de la lógica y erigiendo la indeterminación en base normativa de conducta. He aquí la gran contradicción; el cáncer fuertemente asido a este poderoso cuerpo.

Norteamérica no crea, acumula; es cuantitativamente grande; no lo es cualitativamente en tan acusada medida. Las cantidades no pesan en la historia. El más o el menos no cuenta; se valora tan sólo la esencia creadora.

Ahora que vivimos rodeados de esta grandeza y sitiados por este ensordecedor dinamismo, creemos más que nunca en Hispanoamérica. Sabemos que el espíritu y el misterio (que es potencia creadora oculta), están en el sur y que de allí vendrá la luz. Pronóstico de lenta realización, porque tropieza con muchos obstáculos, entre los cuales merece destacarse uno especialmente pernicioso: el de los hispanoamericanos que al llegar a estas tierras se contaminan. No pocos de los sudamericanos aquí residentes creen que la historia es una estadística, el presente una procesión de números, el porvenir un índice de exportaciones y el ideal unas carreteras anchas y alquitranadas aun cuando sirvan preferentemente para que sobre su lisa superficie rueden los carros mecánicos de los dictadores. Los que así piensan son número, pero no pesan. Gandhi sin gramolas, ni radios, ni ruidos negroides estridentes, conmueve un pueblo e ilumina a una humanidad doliente e irredenta. Hay más inquietud, más misterio, más potencialidad en el «roto» chileno que en este tipo de hombre, producto de un sistema para el cual no hay nada que supere al troquel. Todo por series; los autos, las conservas, los hombres y los espíritus.

Aquí hemos dialogado ampliamente; hay norteamericanos comprensivos; son una excepción a la cual va prendida una esperanza. De ellos hablaremos en otra ocasión. Ahora nos referimos al tipo medio; este nos reitera una objeción: Hispanoamérica gusta con exceso de las conmociones políticas, practica por sistema el deporte revolucionario, se aleja del orden y sin orden no hay progreso. He aquí lo que explica la inmixción norteamericana en Centro América. A la objeción no replicamos; estimamos inútil todo esfuerzo dialéctico: hablamos un idioma espiritual diferente. Ellos creen que la paz es Moncada en la presidencia, Sacasa en la Legación de Washington, Sandino en el destierro y los marinos en Nicaragua. Confunden dos cosas: la interrupción y el epílogo. La historia no puede escribirse al dictado y menos con la asistencia coercitiva de los que vencen, pero no convencen. Tal vez se dilate el desenlace, pero torcer el curso de la vida es labor irrealizable. La inquietud difusa y la denominada patología revolucionaria, crean más que el conformismo próspero y optimista.—CAMILO BARCIA TRELLES.